

Mi recuerdo de Ricardo Maliandi

Celina A. Lértora Mendoza

Conocí y traté a Ricardo desde la década del '70; no fui alumna suya, porque estudié en UCA, ni tampoco integré nunca proyectos suyos de trabajo o investigación, porque no me especialicé en ética. Sin embargo, este trato no fue puramente personal o anecdótico; al contrario, valoré siempre a Ricardo como persona y como filósofo, en una conjunción que, lamentablemente, no siempre se da. Precisamente por no haber actuado en las instituciones en que él lo hizo (salvo Conicet, pero en diversas disciplinas) considero que mi mirada puede ser más neutral, ya que no me vi involucrada en tensiones y fricciones académicas, ideológicas, de poder, o lo que fueren. Desde esta mirada, que pretende ser neutral y a la vez positiva, deseo rescatar ahora dos aspectos en que se aprecia esa conjunción positiva de una buena persona y un buen filósofo.

El primero es la organización y sostenimiento de la Asociación Argentina de Investigaciones Éticas, en un momento muy especial de nuestro país, la década de la recuperación de la democracia, lo que dio mucho aliento a la ética aplicada a cuestiones sociales y políticas, pero que también significó puntos de ruptura teóricos y personales. El lastre de reiteradas prácticas autoritarias, tanto en la política general como en las instituciones académicas generaba, como es comprensible, aunque no justificable, deseos de revancha e incluso de venganza disimulados tras el cumplimiento de prácticas legitimadas por el consenso de su respetabilidad académica y democrática. En el fondo era el mismo autoritarismo, pero enmascarado. Algunos -aunque pocos- lo veían claro. Recuerdo la gráfica expresión con que el Dr. Julio César Colacilli de Muro (cuyo escepticismo filosófico y político era bien conocido) explicaba el caso de los concursos: “antes te nombraban así (y señalaba con el índice) ahora te nombran así (y señalaba con tres dedos de la mano)”. Esta situación creó resquemores y conflictos que arrastraron toda la década y que hicieron mucho daño a las prácticas universitarias auténticamente democráticas, dialogantes y conciliadores. El mismo Ricardo fue víctima varias veces de esta situación, manteniéndose siempre en sus objetivos filosóficos y actuando con probidad y mesura.

Pese a ella, o tal vez debido a ella, Ricardo concibió la idea de crear un ámbito de diálogo y práctica filosófica realmente democrática, libre y respetuosa de todas las opiniones vertidas con seriedad y honestidad intelectual. Ese fue el motor de la Asociación que él creó, fortaleció e hizo crecer y que afortunadamente le ha sobrevivido. Ricardo era una personalidad fuerte aunque tal vez no lo pareciera. Era fuerte y compacto en sus criterios y en sus propósitos, no admitía componendas ocultas o sospechosas de parcialidad. Por eso, aunque la Asociación estaba abierta a todos los que desearan, nunca permitió que fuera cooptada por sectores en interés propio. Cuando organizó las Jornadas Nacionales de Ética, en ese clima general enrarecido y lleno de sospechas, decidió -contra una arraigada práctica en contrario- hacer evaluaciones a doble ciego de todos los trabajos que se presentaran. Consensuando los evaluadores para cada área temática y/o dirección filosófica, nadie pudo quejarse de los resultados y el encuentro fue exitoso en lo académico y respetuoso, incluso cordial, en lo personal. Este criterio evaluador continuó para la revista que se fundó poco después, aunque no para las jornadas, pese a lo cual no hubo -hasta donde pude saber- ninguna situación gravemente incómoda, posiblemente porque el mismo grupo de miembros se fue decantando, quedando aquellos que compartían sinceramente la visión de Ricardo.

La carrera filosófica de Ricardo no se limitó a la UBA y la carrera de investigador en Conicet, aunque sin duda fueron las etapas más largas e importantes. En los dos últimos decenios de su vida, tres actividades fundacionales le ocuparon. En Buenos Aires, la organización de la carrera de

Filosofía en UCES, con un proyecto muy interesante y novedoso: un plan completo de filosofía con destino a graduados o cursantes de otras carreras de la misma universidad, y gratuito. Como es de suponer, esta propuesta concitó la aceptación de muchas personas interesadas en completar su formación disciplinaria y/o profesional con la visión filosófica de los mismos o similares problemas. Un segundo proyecto fue su activa y decisiva participación en la organización de la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde fue profesor e investigador hasta el final. Y además, el tercer proyecto fue el Doctorado en la Universidad Nacional de Lanús, donde también dictó numerosos seminarios, de modo que su vida académica discurría de Mar del Plata a Buenos Aires y viceversa. Y aún le quedaba tiempo y ánimo para ayudar a la Asociación, sus jornadas y su revista. Todos los que han transitado por cualquiera de estos logros institucionales, deberán reconocer que la mirada atenta de Ricardo ha sido una garantía de seriedad y calidad de los resultados académicos y de honestidad y respeto en las relaciones personales.

El segundo aspecto que quiero mencionar, brevemente por cierto, es su pensamiento y su manera de hacer filosofía. Yo diría que su pensamiento evolucionó, sin estruendosas rupturas, desde su primera adhesión axiológica hasta las últimas etapas de su ética de la convergencia. No voy a referirme a sus aportes filosóficos, tarea que excedería el marco de recuerdo personal. Sólo quiero señalar algunas características que he tenido ocasión de apreciar y valorar en mi trato personal con él y la lectura de sus trabajos. En primer lugar, aprecio un valioso equilibrio entre la necesidad de pensar lo propio y la de socializarlo. Tal vez él recapacitó mucho sobre algo que -según me contó- le dijo Heidegger en una oportunidad: que no iba a congresos porque en realidad los filósofos no dialogan, no se entiende, cada uno piensa lo suyo. Esto es verdad, pero solo la mitad de la verdad, y creo que Ricardo lo comprendió y se propuso añadir la otra parte de la verdad: que la filosofía es también y necesariamente, un diálogo. Por eso -y sin duda esto ha sido muy visible- siempre se mostró dispuesto al diálogo y a la controversia, comprendiendo que la divergencia de opiniones no obstaculiza ni el avance del pensamiento propio, ni las relaciones personales con la comunidad filosófica. Y tuvo suerte, me parece, en encontrar siempre colegas dispuestos a recoger ese guante con la misma caballerosidad.

Una segunda característica de su pensamiento es también un equilibrio entre el aporte propio y el reconocimiento de lo recibido de la tradición. Ricardo no fue un mero erudito, gozoso de mostrar cuánto había leído; al contrario, es más bien parco en citas, pero las que hay en sus publicaciones, muestran un enorme abanico de lecturas, de las cuales selecciona aquello que verdaderamente hace al caso. No busca impresionar con una abrumadora presentación del *status quaestionis*, sino que se limita a una sobria descripción del problema real que le interesa dilucidar.

La tercera característica de su pensamiento es su apertura a diversas posibilidades de continuación. No es un pensamiento cerrado, con tesis “no negociables”; al contrario, todo puede quedar sometido a crítica y revisión, cosa que él mismo hizo continuamente. Solía decir que la filosofía tiene esencialmente dos funciones: la fundamentadora y la crítica; puede predominar una más que otra, pero deben estar las dos. Creo que él buscó un equilibrio entre ambas, y al cabo de los años parecería haber intentado superar la dicotomía con un planteamiento problemático que incluye, epistémica y metodológicamente, a las dos.

La cuarta y última característica que voy a mencionar aquí es la posibilidad de continuar su ética convergente -su hija filosófica dilecta- en diversas líneas que no necesariamente deben considerarse “ética aplicada” en el sentido que solemos dar a ese término, pero que son, sí, aplicaciones de la teoría general a problemas específicos y diversos que se ven favorecidos con ese nuevo abordaje. Quiero decir con esto que la ética aplicada de Maliandi no es una concepción que pueda “aplicarse” sin más, como una regla o un instructivo de procedimientos para obtener un resultado. Pero sí creo que es un marco teórico apropiado a partir del cual se pueden elaborar sub-teorías específicas.

Recuerdo a Ricardo por lo que he dicho y por mucho más, que no he dicho. Creo que la mayoría de sus colegas y amigos estarán de acuerdo con esta visión que someramente ha delineado. Y pienso que también habrá un grupo decidido a continuar su pensamiento, a desarrollarlo, de tal modo que la ética convergente, en un futuro próximo pasará a ser uno de los aportes relevantes argentinos a la filosofía universal. Espero que así sea.